

f
EL CORREO



DE LA MODA.

Album de Señoritas.

PERIÓDICO

DE LITERATURA, EDUCACION, LABORES, TEATROS Y MODAS.

TOMO XIII.

MADRID.

IMPRENTA DE MIGUEL CAMPO-REDONDO.

Calle del Olmo, 14.

1865.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE DÉCIMOTERCIO TOMO.

REVISTAS DE MADRID.

Por don A. F. Grilo.—Págs. 1, 9, 17, 25, 33, 41, 49, 63, 73, 81, 97, 105, 113, 121, 129, 137, 145, 153, 193, 201, 209, 217, 233, 241, 249, 257, 265, 273, 281, 369.
Por Fabricio.—57, 161, 169, 185, 337, 361.
Por don Rafael Serrano Alcázar.—89.
Por doña Carolina Sorel.—177, 289, 297, 305.
Por Olimpia.—321.

CORREO DE PARIS.

Por la Condesa de Almaviva.—Págs. 55, 118.

REVISTAS DE MODAS.

Por doña Aurora Perez Miron.—Págs. 79, 225, 313, 329, 345, 353, 377.

CARTAS FAMILIARES.

Por doña Angela Grassi.—Pág. 3.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

Por doña Angela Grassi.—Págs. 10, 19, 35, 43, 58, 67, 75, 91, 99, 107, 123, 131, 139, 155, 163, 170, 179.

MEMORIAS DE UNA CASADA.

Por doña Angela Grassi.—Págs. 187, 203, 220, 227, 235, 243.

POESIAS.

Melancolía, por don Antonio Arnao.—Pág. 2.
La estrella de mi destino, por don Antonio Corzo y Barrera.—10.
Recuerdos, por don Rafael Serrano Alcázar.—18.
Flores de mi fantasía (cancion), por doña Josefa Crespo.—26.
En un Album, por doña Antonia Díez de Lamarque.—34.
El Cementerio, por doña Clotilde Aurora Príncipe.—42.
Mi Esperanza, por don A. Alcalde Valladares.—50.
A Sofía, por don A. F. Grilo.—58.
Sol y Mar, por don Emilio Nieto.—63.
Al pie de tu ventana (serenata), por don Antonio Arnao.—66.
A mi Madre, por doña Elvira Solís Greppi.—74.
La margarita, por doña M. de Silva.—82.
A Laura, por don A. F. Grilo.—90.
Stabat Mater, por don P. J. de la Peña.—98.
El Calvario (soneto), por doña Joaquina G. Balmaseda.—103.

Los Angeles (fantasía), por don Antonio Arnao.—106.
La Resurreccion del Señor, por don Antonio F. Grilo.—109.
A una Amapola, por don Antonio Corzo y Barrera.—114.
Despierta (cancion), por don José Lopez de la Vega.—116.
Por el campo en el Estío, por don Rafael Serrano Alcázar.—122.
A la inauguracion del Liceo de Zaragoza, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—130.
En el Campo, por doña Francisca Carlota de Riego y Pica.—138.
Las dos Luces, por don Rafael Serrano Alcázar.—144.
La Pasionaria, por doña E. Mijares de Real.—146.
Historia de la Violeta, por doña Clotilde A. Príncipe.—154.
Las Flores de María (Leyenda), por doña Micaela de Silva.—156.
La Leccion de la Madre, por don Eduardo Bustillo.—162.
Cantares, por don A. F. Grilo.—170.
A Carolina Civili, por doña Joaquina G. Balmaseda.—178.
La Oracion de la tarde, por don Rafael Serrano Alcázar.—186.
A don Julian Romea, por don Gerónimo Borao.—194.
Ella y Yo, por don M. Capdepon.—202.
La Amistad, por don José Lamarque de Novoa.—210.
El Peregrino, por don Antonio Arnao.—218.
Soy quinto, por don Antonio Fernandez Grilo.—226.
La Asuncion, por don Antonio Arnao.—234.
Despedida del hogar, por don José Lamarque de Novoa.—242.
La querella de Lisardo, por don Antonio Arnao.—250.
La Fé, por don E. Llofriu y Sagrera.—255.
El Cumpleaños, por don Pedro María Barrera.—258.
Entre dos tumbas, por doña Clotilde Aurora Príncipe.—266.
A una Mariposa, por doña Joaquina G. Balmaseda.—275.
¡Treinta años! por doña Emilia Mijares de Real.—282.
Los tres lechos, por don Pedro María Barrera.—285.
¡Ante una sepultura! por doña Joaquina G. Balmaseda.—290.
La inocencia, por don A. F. Grilo.—298.
El Otoño, por don Baltasar M. Duran.—306.

El manto de la Virgen, por don A. F. Grilo.—314.
 A Sobeiha, por don Pedro M. Barrera.—322.
 Oye mi canto, por don Baltasar M. Duran.—330.
 La Vida (narracion), por don Antonio Arnao.—338.
 Un pensamiento, por doña E. Mijares de Real.—346.
 La Camelia y la Rosa (Fábula), por don J. Maldonado Macanáz.—354.
 Serenata, por don José María F. Calvo.—357.
 Mi barquilla, por doña Clotilde A. Príncipe.—362.
 La Violeta doble (poesía italiana), por doña M. de Silva.—367.
 Balada (imitacion del aleman), por don Melchor de Palau.—370.
 Fantasía, por doña Micaela de Silva.—378.

Novelas, Cuentos y Leyendas.

Clemencia, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Páginas 4, 13, 21, 28, 37, 44, 51, 60, 68, 76, 93, 101, 125, 132, 141, 149, 157, 165, 172.
 Del dicho al hecho, por doña Micaela de Silva.—181, 188, 197, 205, 212, 223, 231.
 Lo bueno y lo mejor, por doña Angela Grassi.—251, 259.
 Escolástica, por doña Micaela de Silva, 237, 245, 253, 260, 269, 283, 291, 301, 310, 317.
 Una ramita de laurel, por doña Angela Grassi.—275.
 El clavel encarnado, por doña Angela Grassi.—299, 307, 315.
 La isla desierta ó el amor filial, por Carlota, 324, 339.
 La vara de Azucenas, por D. Antonio de Trueba.—326, 331, 333, 341, 348.
 Las madrastras, por don Antonio de Trueba.—356, 364.
 El Sentimiento y el Instinto, por Camila Avilés.—380.

VARIEDADES.

La Juventud, por don M. Capdepon.—Pág. 12.
 Doña Prudencia Grillo, por don José Sanchez Viedma.—22.
 La Semíramis del Norte, por doña Angela Grassi.—26.
 Peregrinacion de las campanas, por Fernan Caballero.—36.
 Fausto, por doña Carolina Sorel.—83.
 Apuntes para un retrato, por M. A.—84.
 El artista desairado, por doña Micaela de Silva.—103.
 Luis Camoens, por doña Angela Grassi.—114.
 Un funcionario del siglo pasado, por doña Micaela de Silva.—141.
 Las Golondrinas, por doña Carolina Sorel.—167.
 La Caridad, R.—175.
 Viajes, por D. A. F. Grilo.—190.

Los Trovadores, por don Cayetano Vidal.—195.
 Viaje de Cádiz á Manila, por don Antonio G. del Canto.—211, 221, 229.
 Necrologia de don Antonio Flores, R.—215.
 Lo grande y lo pequeño, por doña Camila Avilés.—261.
 Un cuadro y un epitafio, por doña Angela Grassi.—267.
 Amantes célebres entre los árabes, por don F. J. Simonet.—277.
 La Vizcondesa de Jorbalan, R.—287.
 La Africana, por don Faustino Bastus.—293.
 El Telegrafo, por M. S.—302.
 El ciego, por don A. F. Grilo.—308.
 El tocador, por doña Angela Grassi.—323.
 La chimenea, por don A. F. Grilo.—334.
 La obediencia, por doña Angela Grassi.—347.
 Manila, por doña Josefa Estevez G. del Canto.—349.
 El lecho, por doña Angela Grassi.—354.
 Dos triunfos, por don A. F. Grilo.—358.
 Origen de las labores, por doña A. Grassi.—363.
 La sombra del poeta, por don A. F. Grilo.—365.
 Doña Cristobalina de Alarcon, por doña Angela Grassi.—370.
 El Te-Deum, por doña Enriqueta Madoz.—372.
 El primer día del Año, por doña Angela Grassi.—379.
 ¡ Un Año! Por don A. F. Grilo.—382.

BIBLIOGRAFIA.

Sentimientos, por D. Julio Alarcon y Melendez.—Pág. 147.

TEATROS.

Por D. Diego de Rivera.—Págs. 6, 14, 30, 46, 53, 63, 70, 86, 95, 117, 127, 134, 150, 159, 182, 191, 198, 206, 239, 255, 263, 270, 279, 287, 294, 303, 319, 342, 351, 375.

LABORES.

Por doña Joaquina G. Balmaseda.—Págs. 7, 15, 24, 39, 54, 71, 103, 135, 167, 184, 199, 215, 232, 246, 264, 296, 312, 327, 343, 360, 376.



EL CORREO DE LA MODA.



Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista de Madrid, por don A. F. Grilo.—Melancolía (poesía), por don Antonio Arnao.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Clemencia, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: Figurín núm. 765.—Grabado de Labores, núm. 21.

REVISTA DE MADRID.



A capital, mis queridas lectoras, se encuentra desde hace pocos días vertiendo lágrimas por los ojos de los tejados.

El cielo está tan sereno como las pupilas azules de una niña inocente, y sin embargo, vivimos entre una lluvia constante.

Cualquiera diría que la tierra está llorando porque ha perdido su túnica blanca.

Se desprende una bocanada de agua de los labios de una canal y bota en un sombrero cualquiera. El que la recibe parece que esclama sonriéndose. «Ahí me las den todas.»

Es verdaderamente curioso observar esas juguetonas labores de plata que se enredan con desiguales giros después de una nevada en la cúpula de nuestros sombreros, de esos apéndices de nuestra humanidad.

El individuo parece que representa una corporación, una Orden militar, un ejercicio de cualquier especie según los galones y los dibujos que lleva en la cabeza.

Como no todos reciben las mismas gotas, resulta que la mayor ó menor cantidad forma siempre labores distintas.

El que le caiga, por ejemplo, un copo de nieve, ¿quiereis decirme si no lleva la pluma de un pontentado?

Indudablemente, en Madrid, después de una nevada, no dejaría de ser interesante una Exposición de sombreros.

La nieve ya no se sabe donde ha ido á parar.

Todavía suelen verse algunas veletas que parecen los lazos de una corbata blanca con que se ha engalanado el edificio.

No existe nada tan fantástico como la tierra cuando se desnuda poco á poco de ese traje de espuma que le regalan las nubes.

El año de 1864 se apagaba, el año moría, y como inclinaba su cabeza moribunda hacia el sepulcro, el tiempo se encargó de cubrirlo con un blanco sudario.

El año desapareció por completo de la gigante escena de los mundos, y entró á reinar el año 1865.

El año 65 es joven, muy joven, y la juventud, mis queridas lectoras, no puede nunca llevar el color de la vejez.

¿Cómo es posible que sean blancos los cabellos de un recién nacido?

Es cierto que ha llorado en los primeros días de su nacimiento; pero ¿quién no llora al nacer?

El llanto es el único idioma de los niños, y el año 1865 es muy niño todavía.

Verdad es que como dijimos en EL CORREO DE LA MODA hace ya mucho tiempo, la juventud de los años es bastante triste.

Hoy os dedicamos, amabilísimas lectoras, la primera *Revista de Madrid* del año 1865.

Nada hay tan original y tan importante como lo primero en todas las cosas.

La luz es el alma del mundo, la alegría de los espacios, la diosa de la naturaleza. Y la luz fué hecha el primer día de la Creación.

La primera lágrima de un niño es una perla que deposita Dios en el seno de una madre: perla llorada por el ángel de la inocencia.

El primer beso de una madre es toda la ventura de un cielo reconcentrada en unos labios.

En la primera noche de amor se vé clara la luna, azul el cielo, y todos los horizontes se visten de color de rosa. La vida se convierte en un fantasma caprichoso de deseos sin nombre.

El primer rayo de la aurora es un génio madrugador que desciende á la tierra para despertar á las flores.

La primera estrella de la tarde es el alma de una virgen que llora sus amores perdidos.

El número primero siempre es en todo el número principal.

Los primeros triunfos, los primeros laureles, la primera palabra de amor, las primeras victorias, y los primeros años.

Se dice desde muy antiguo, lectoras mías, que *Año nuevo, vida nueva.*

Yo, sin embargo, diría todo lo contrario. — *Año nuevo, vida vieja.*

Con cada año se estingue un átomo de nuestra existencia. Mientras mas sean los años nuevos mas vieja será la vida.

Los años son un día. La vida es una tarde. ¡ Se van tan pronto para que ninguno de los dos puedan ser nuevos !!

A pesar de todo, vosotras renovareis vuestros trajes, vuestras costumbres, vuestras soirées y vuestras diversiones.

El mes de la primavera os regalará nuevas flores, y sin embargo, serán las mismas flores del año anterior.

Año nuevo, vida nueva.

Por desgracia no puedo admitir estas palabras, á las cuales creo oportuno contestar con estas otras:

Año nuevo, vida vieja.

A. F. GRILLO.

LITERATURA.

MELANCOLÍA.

¿Y me preguntas, cándida paloma,
Con tu arrullo doliente

Por qué á mis ojos la tristeza asoma,
Y á mi abatida frente?

No por negra amargura mi mirada
Lánguida se extravía:
Es que siento en el alma enagenada
Dulce melancolía.

Es que un etéreo resplandor la ciñe
Y tierno la enamora,
Más grato que la luz que el cielo tiñe
Cuando raya la aurora.

Es que la blanda brisa que respiro
El ánimo aletarga,
Y sólo sé exhalar dulce suspiro
Pues la emoción me embarga.

Es que te miro... á tí... nítida estrella
De mi camino guía,
Y al contemplar tu luminosa huella
Mi mente se extasia.

Tú embelleciste ante mis tristes ojos
Mi camino cansado
Que de campo de espinas y de abrojos
Tornóse en fértil prado.

Tú derramaste celestial consuelo
Dentro del pecho mío;
Bálsamo puro que absorbió en su anhelo
Cuál césped el rocío.

Por eso al ver tu cándida hermosura,
Y al percibir tu acento,
Henchido de emoción y de ternura
Desfallecer me siento.

Cuando mi jóven alma se encontraba
Desamorada y sola,
Tranquilo mi vivir se deslizaba,
Rio sin una ola.

Sin dicha ni dolor, la vida lenta
Corría para el alma,
Mas era aquella paz, de vida exenta,
Del sepulcro la calma.

Te ví: de entonces fuerza misteriosa
Me arrastra noche y día,
Porque guarda tu imagen vaporosa
Turbada el alma mía.

Esclavo tengo siempre el pensamiento
De tu mirada bella;
Y á tí elevo la voz de mi contento,
Y á tí va mi querella.

Nunca fácil se borre de tu mente
De mi pasión la historia,
Y en tí verá mi corazón ardiente
Su más grata victoria.

Hé aquí por qué á tu lado mi mirada
Lánguida se extravía:
Es que siento en el alma enagenada
Dulce melancolía.

ANTONIO ARNAO.



CARTAS FAMILIARES.

XXXIII.

De Enriqueta á la Abuela.

Yo soy la rosa de Saron y el lirio del valle, dice la Sagrada Escritura, y hé aquí por qué esas dos flores fueron consagradas á la Madre del Crucificado.

Sin embargo, desde los mas remotos tiempos se consideró el blanco lirio como una planta mística: con una guirnalda de lirios se coronó Judit, para ir al encuentro de Holofernes; es un blanco lirio con tres flores abiertas el que el ángel Gabriel lleva en la mano en todos los cuadros que representan el Misterio de la Anunciacion, y por último fueron rosas y lirios los que brotaron sobre el sepulcro de la Virgen Inmaculada, y vieron los asombrados apóstoles, al ir á visitarlo.

Los grandes jardineros de los tiempos pasados; los religiosos y religiosas de la Orden de San Benito y de la Orden del Cister cultivaban el lirio con piadoso esmero, y en la siguiente bellísima tradicion, que simboliza la humildad cristiana, fundaban los segundos el apasionado culto que rendian á esta hermosa flor.

Un hermano de su Orden era tan inepto, de tan escasas facultades intelectuales, que de cuanto le enseñaron solo pudo aprender á decir *Ave Maria*, pero este fracmento de la salutación angélica lo repetía sin cesar y con un fervor inmenso. El pobre monje murió, y casual instante se vió brotar sobre su tumba un lirio de oro, que tenia grabado el *Ave Maria* en cada una de sus hojas.

En los apacibles jardines de los monasterios se cultivaban mil flores exóticas, traídas de todos los ángulos de la tierra, y en particular de Oriente, adonde iban los peregrinos á visitar los lugares regados con la sangre del Salvador.

En el número de estas últimas se cuentan: la *verbena*, á la que se llama yerba santa, porque fué encontrada por primera vez sobre el monte de los Olivos; la *anémone* encendida, que florece por Pascua, y que se conoce en Palestina por *gota de sangre de Cristo*, y el florido *almendro*, que esparce sus perfumes al sonreír la primavera.

En aquellos jardines, asilos de la paz y la tranquilidad, el buen monje estudiaba las hojas y las flores, que luego le servían para decorar las márgenes de su misal y su breviario, pasando desde allí á formar el espléndido adorno de los capiteles de su iglesia, ó meditaba sobre sus maravillas, buscando y

encontrando mil emblemas misteriosos en su dibujo y su forma.

De este estudio tuvieron origen los calendarios eclesiásticos, en los cuales á cada santo está consagrada una flor.

Muchas plantas y árboles ofrecen á nuestros ojos la imagen de la cruz. Una cruz es la que se vé en el centro de la adormidera encarnada, y habia en Roma, en el jardin del convento cisterciense de Santa Potenciana, una higuera cuyo fruto mostraba una cruz verde, incrustada sobre la pulpa blanca, y tenia en sus ángulos cinco granitos, representando las cinco llagas.

En Valladolid hay el milagroso Cristo de la cepa, imagen de Nuestro Señor en la cruz, formado naturalmente por una cepa retorcida, y en Canarias no se corta jamás el banano con un cuchillo, porque en el interior del fruto se descubre el misterio de la Crucifixion.

Pero la mas grande de las maravillas de este género es la *pasionaria*, traída del Perú y de la Nueva-España, de donde es originaria.

Los dibujos de esta flor y su descripcion fueron publicados en España y en Italia en 1609, escitando la admiracion general y el general entusiasmo.

En efecto, es imposible hallar una flor mas simbólica del sublime drama, y el modo como fué descubierta es tan bello como su significacion.

En 1600 un humilde pescador de la costa de Andalucia, dejó como Pedro, sus redes y su barca, para ir buscando en peregrinacion la corona del martirio.

Llegó á América.... Inútil es referir las penalidades que sufrió por el bien de sus hermanos, las persecuciones de que fué víctima, para marcar con sus huellas la senda de Jesucristo.

Un día atravesaba las sombrías florestas del Perú, cuando oyó resonar á alguna distancia una confusa gritaria.

Era una horda de salvajes que atacaba con rabiosa furia una casita oculta en la espesura. La casita empezaba á arder, incendiada por sus cuatro ángulos: sus habitantes, padre, madre y tres hijos pequeños, estaban ya atados á distintos árboles, próximos á sufrir una muerte acerba....

El misionero se lanzó hácia aquel sitio: ¡era uno contra ciento! solo tenia su Crucifijo para oponer á las armas enemigas!... ¡Pero no cuenta sus contrarios el soldado de Cristo! no le arredra la muerte al que va buscando la corona del martirio!

¡Oh, cuál fué el asombro de aquellos salvajes cuando contemplaron delante de sí á un anciano de blanca barba, débil, solo é indefenso! Le recibieron con burlas y sarcasmos!

Pero el anciano se irguió magestuosamente, y vieron ceñida su sien con la santa aureola de la fé: el anciano habló, y su voz llena de las dulces inflexio-

nes que la comunica la caridad, penetró suavemente hasta sus almas.

La hoguera fué estinguida, las víctimas salvadas !...

Entonces los salvajes rodearon al misionero, preguntándole cuál era la magia con que los había cautivado; qué Dios simbolizaba aquel pedazo de madera en cruz que tenía en la mano.

El anciano no sabía cómo demostrárselo de una manera clara y evidente. En medio de su confusión, volvió en torno sus miradas, y vió que las negruzcas paredes de la choza estaban entapizadas de hojas verdes, y que entre las hojas asomaba una flor extraña.

Una inspiración divina iluminó su mente, arrancó la flor, y desmenuzándola, ofreció á los ojos de la ignorante turba aquella sublime Pasión de un Dios hecho hombre para salvar al hombre.

Los salvajes cogieron algunas de aquellas flores y se alejaron en silencio.... El anciano siguió su peregrinación, atravesó muchos valles, franqueó muchos montes, dejando sembradas por todas partes las semillas de la fé.

Una noche llegó á una llanura árida é inmensa, situada al pié de un monte.

Esparcidas por la llanura se veían algunas tiendas de campaña, y arródlada en su centro una muchedumbre compuesta de hombres, ancianos, niños y mujeres.

Oraban !... Sus voces armónicas y cadenciosas eran repetidas por los ecos, repetidas por la brisa, que las mezclaba alegremente con los murmurios de las aguas, y los suspiros de las aves, que cantaban su himno de despedida á los postreros rayos del sol que descendía al ocaso.

Al divisar al anciano la muchedumbre se levantó, corrió hacia él, le colmó de bendiciones....

Eran los individuos de la salvaje tribu ante cuyos ojos había hecho brillar la luz del Evangelio, y cada uno llevaba en el pecho como distintivo una hermosa pasionaria.

Le llamaron padre, le rogaron que permaneciese á su lado...

Poco tiempo después la desierta llanura se había convertido en ameno valle; las tiendas en casas. Las casas formaron una ciudad, y en medio de la ciudad descolló la atrevida torre de una iglesia.

Y poco tiempo después, el misionero, cubierto el cuerpo de cicatrices, pero ostentando en su frente los laureles santos, se postraba de rodillas ante el trono del Rey de España, ofreciéndole aquella humilde flor que le había conquistado un pueblo, y que debía servir para avivar la fé de todo el orbe cristiano !

Los piosos monjes también solían representar las virtudes por medio de las flores: la margarita nos

enseña la humildad; la manzanilla la paciencia; la madreselva la constancia, y la ajedrea la esperanza en medio de los sufrimientos.

¡ Oh, sí, cómo no conceder toda nuestra predilección á las flores, que tan bellas y tan altas cosas simbolizan, que son casi seres dotados de sensibilidad y vida ! Las flores aman: ¿ cómo explicar de otro modo el afán con que la vid se abraza al olmo, la yedra al fuerte roble ? Así el brezo se apega á las perfumadas colinas, el beleño y el orégano á los ásperos peñascales, y el jacinto á los bosques silenciosos. Así el manzano crece en los llanos pacíficos, en donde la brisa orea sus hojas, y el pino, enamorado de los vientos, en las altas cumbres.

Las flores sienten y se mueven: hé aquí por qué se vé á la reseda, al heliotropo y al girasol volverse hacia el astro que les da la vida, y la sensitiva replegarse dentro de sí misma al percibir un contacto extraño.

Hay un gran número de flores que prevén la lluvia, el viento y el calor: la maravilla pluvial se abre cuando el cielo está sereno, y se cierra al aproximarse la tormenta.

Hay otras, cuyo movimiento tiene diferentes causas, y que se abren ó se cierran á cada hora del día.

Este apacible sueño, estas gratas vigiliias, inspiraron á Linneo su ingenioso reloj de Flora.

Mucho antes que él, los antiguos pastores, adivinaban las horas y los cambios de temperatura, estudiando en ese gran libro, que se llama Naturaleza, y que encierra arcanos que jamás podrá descubrir la ciencia humana.

Así, el que no ama las flores no puede tener un corazón sensible: el mayor ó menor cultivo de las flores, es la señal infalible del mayor ó menor grado de civilización á que han llegado los diferentes pueblos de la tierra.

ANGELA GRASSI.

CLEMENCIA.

I.

El señor administrador.

Tendría Mr. Ogé unos cuarenta y cinco años, cuando fué nombrado administrador de la aduana de C..., ciudad de alguna importancia comercial, situada al norte de Francia. Era un hombre de mediana estatura, de constitución débil, de cabello encanecido antes de tiempo, que conservaba una viveza ju-

venil, y unos ojos negros que parecían tener siempre veinte años. Era muy aficionado á la botánica y la literatura, prefiriendo en la primera las plantas mas ricas de vida y en la segunda las tragedias de Voltaire, las que leía con frecuencia en alta voz, mereciendo la aprobacion de las gentes de corazon y talento que la revolucion de Julio habia relegado á aquella humilde villa: estos no ignoraban que en sus primeros años Mr. Ogé habia tenido aficion al teatro, que habia llegado hasta recibir las lecciones del célebre Talma, y que solo por consideracion á su familia habia renunciado á su aficion de gloria, arrojándose en brazos de la carrera administrativa.

Los habitantes en general de la ciudad de C... no habian formado una idea muy favorable del señor administrador y su sensibilidad esquisita, sus maneras afectadas, les parecieron ridículas á primera vista: sin embargo, cuando al cabo de uno ó dos años reconocieron la nobleza de sus sentimientos correspondieron á ellos con lealtad, confesando que el nuevo administrador era todo un hombre de mundo. Orgulloso de ese título y tratando de justificarle monsieur Ogé abrió sus salones tres veces á la semana, lo cual le conquistó las simpatías de todas las muchachas y madres de familias que residian en C...

Las provincias siempre acogen favorablemente á los funcionarios que reciben. El salon de un funcionario público es un terreno neutral donde todos se encuentran, todo se permite, todo se acepta, sin creerse obligado á devolverlo. Todos se preguntaban si Mr. Ogé tenia fortuna que le permitiese gastos semejantes, y todos convenian en que no se le conocian propiedades, ni Mad. Ogé le habia llevado gran dote, debiendo gastar por lo tanto todo su sueldo. Nadie, sin embargo, iba mas allá en estas reflexiones, acabando por afirmar todos que si el administrador no era rico, era al menos el hombre mas amable de la ciudad.

Mad. Ogé era un sér creado espresamente para el señor administrador, al que respetaba y admiraba, no viendo ni hablando mas que por sus ojos y su boca. Le habia oído leer diez y siete veces *Merope*, treinta y dos *Zaida* y una sola Ruy Blas, que le habia merecido, así como á su marido severas censuras por sus románticas extravagancias. No se podrá afirmar si Mad. Ogé comprendia bien las razones del odio que su marido profesaba á la escuela moderna: pero al participar de él se consideraba feliz. Era una mujer delgada, pálida y un poco vulgar, habiendo adquirido insensiblemente la costumbre de escuchar siempre y hablar muy poco en la sociedad que tan dignamente presidia su marido: en cambio poseía una cualidad que la provincia entera celebraba, y era la de ser una excelente ama de gobierno. No habia en la casa mas que una sola criada y la señora que valía por dos. Veía con orgullo abiertos sus salones tres veces

por semana, consagrándose desde muy temprano á la limpieza y brillantez de las habitaciones que respiraban pulcritud y esmero, destacándose en ellas los muebles que databan del tiempo de su matrimonio, y tenían tal apariencia de nuevos, que hacian meditar en el famoso procedimiento de conservacion inventado por los Egipcios: en ellos no habia envejecido mas que la forma.

Fuerza es confesar que los numerosos amigos que recibia en su casa, miraban todos sus muebles con el mayor respecto, sentándose con timidez en los sillones de terciopelo grana, que tenían algo de majestuosos: solo Mr. Moreau, el Alcaide de la ciudad, hombre rico y un tanto grosero, era el único que prescindia de esta veneracion, sentándose con poco respeto en la poltrona que la señora de la casa le ofrecia cuando le dispensaba el honor de tomar parte en su juego de *vis-à-vis*.

Era el Alcaide hombre que pasaba por alto sobre muchas cosas, y sobre una en particular que escitaba en el mas alto grado la sensibilidad del corazon de Mad. Ogé. Odiaba la literatura en general y la tragedia en particular. Infinitas veces se habia dormido durante las lecturas de Mr. Ogé, cuyos contortulos, al apercibirlo se habian burlado, distrayendo á todos este pequeño incidente y desanimando al lector. La esposa del administrador sentia mucho mas lo que afectaba á su marido que lo que á ella le pertenecia, y las espinas que apenas herian el cutis de aquel la penetraban á ella hasta el fondo del corazon: su solicitud era estremada, y el administrador de la aduana era no solamente el hombre mejor vestido y mejor cuidado de la ciudad, sino tambien el hombre que disfrutaba mas tranquilidad en el hogar doméstico; en una palabra, el hombre mas dichoso.

Y sin embargo (porque con frecuencia en la mejor manzana se encuentra gusano) esta ternura sin límites debia ser fatal á su marido, porque Mr. Ogé se escedia con frecuencia en la mesa, era aficionado á viandas sólidas y platos delicados, por lo cual Mad. Ogé habia llegado á ser una notabilidad en el arte culinario: sus guisados estaban hechos con tal esmero, que habia en ellos verdadera inspiracion. Al rellenar una torta, al sazonar una salsa, gozaba con el placer que iba á proporcionar á su querido Augusto (porque Mr. Ogé se llamaba Augusto), y su paladar experimentado apreciaba todos las impresiones del paladar de su marido. ¡Qué alegría para Rosalia! (Mad. Ogé se llamaba Rosalia), cuando su querido esposo encontraba algun plato á su gusto y repetia de él!

Pero el señor administrador padecia una gastritis, y su piel ardorosa, sus mejillas coloradas, con unas rosetas muy poco naturales, demostraban el mal que padecia, y si al menos se hubiera contentado con comidas ligeras, con platos frugales! pero no: su es-

posa le ofrecia tres magníficas comidas en el invierno, desplegando en todas ellas á porfía su habilidad. De este modo sus convites eran tan celebrados como sus bailes, y cuando ofrecia uno á sus amigos lograba que se hablase de el en todos los círculos, quince dias antes y treinta dias despues.

Por desgracia cada vez que una de estas comidas tenia lugar, Mr. Ogé se veia obligado á guardar cama, y no ponía el pié en su despacho durante ocho dias.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

TEATROS.

Consignamos en la revista última los títulos de las obras destinadas á la representacion en las fiestas que acaban de transcurrir. Juzgando por ellos pronosticábamos respecto de algunas el carácter de que prometian estar revestidas, y en verdad que no nos equivocamos, pues la mayor parte de dichas obras no han sido más que de mera broma y entretenimiento. Por esta razon, y por la de que han pasado sin dejar huella en el mundo del arte, despues de cumplir su mision de hacer reir á la multitud, no retrocederemos con nuestras observaciones á examinarlas. Sólo nos contraeremos por lo tanto á las que han sobrenadado hasta el presente y prometen no sumergirse en las aguas del olvido. Dichas obras son la zarzuela *Pan y Toros* y la comedia *Cuando de cincuenta pases...*

Ya sabrán la mayor parte de nuestras lectoras que el asunto de dicha zarzuela está trazado en vista de diversos acontecimientos de nuestra historia de fines del siglo pasado. Excitar sentimientos patrióticos, anulando la influencia que en los negocios públicos ejercian maléficamente personas cuyos nombres no hay necesidad de repetir porque son bien conocidos, ha sido el objeto que se ha propuesto el autor. ¿Lo ha conseguido en efecto? No nos toca decidirlo, porque para hacerlo tendríamos que entrar en detenidas consideraciones históricas y artísticas, ajenas á nuestro cometido de meros narradores de las novedades teatrales. Sólo diremos, pues, que la obra no está por ambos conceptos exenta de lunares, á la vez que consignaremos que en ella hay buenas cualidades y áun bellezas. Haciendo caso omiso de los primeros que á otros cumplirá patentizar, diremos lo que nos parezca respecto de las segundas.

En primer lugar, *Pan y Toros* es una zarzuela original, circunstancia de por sí muy apreciable en

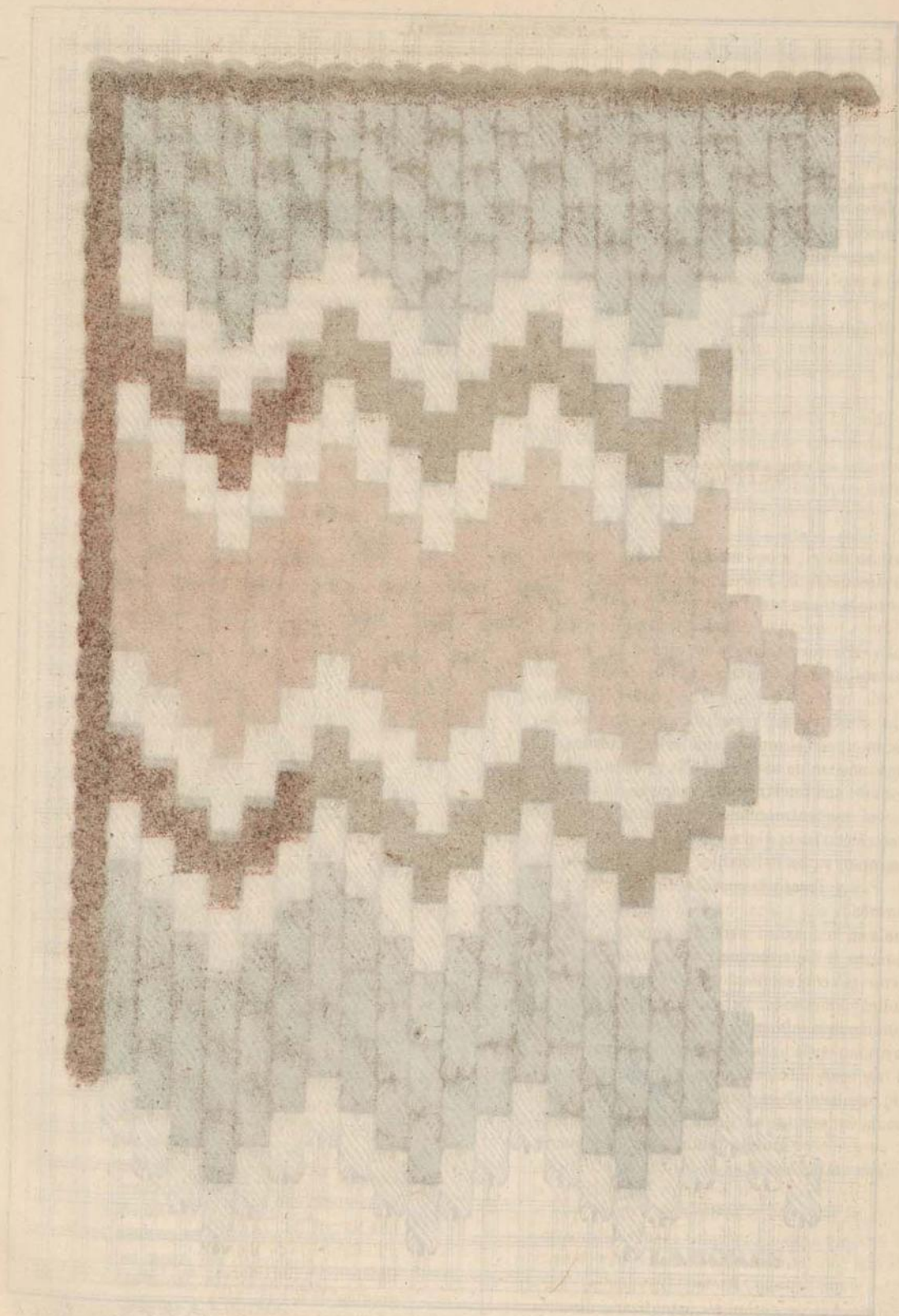
una época de decadencia imaginativa en que no piensan la generalidad de los escritores sino lo que piensan nuestros vecinos transpirenánicos. En esta obra ha intentado su autor D. José Picon reproducir un cuadro característico español, lo cual ha logrado en varios pasajes, sobre todo en el acto primero; y esto es además otra buena condicion de aquella que merece aplauso, pues sabido es que la mayor parte de las fábulas que se ponen en escena ó son extranjerías á nuestras costumbres é historia, ó lo que es peor no responden á ninguna. Interés melodramático no falta en la zarzuela, de lo cual es ejemplo la situacion final del segundo acto; caracteres bien dibujados y simpáticos tambien en ella los hay, siendo prueba de esto los de la Princesa de Luzan y del capitán Peñaranda. Por último, en la forma literaria hay trozos de versificación incisiva y desenfadada que, dado el carácter manolesco y exaltado del asunto, tienen propiedad y son pintorescos.

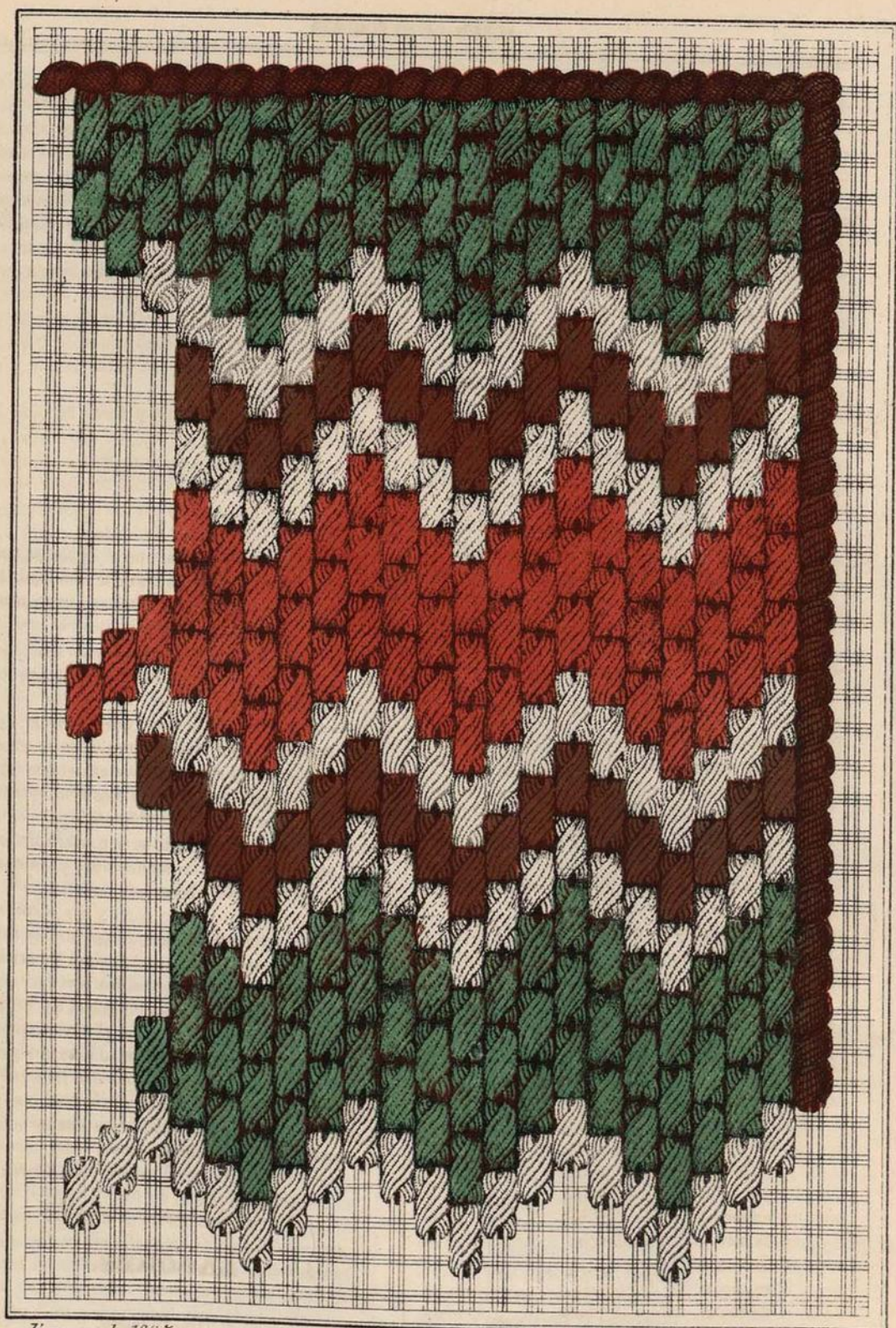
Como muestra de este último aserto copiaremos algun trozo del primer acto.—GOYA y el ABATE describen al capitán la gente manola de Madrid (raza extinguida por cierto) y lo hacen del modo siguiente:

GOYA.

Eso nunca! ven y mira...

En esa verde *Pradera del Corregidor* famosa,
sus representantes cuenta
la gente de rompe y rasga
que toda la España encierra.
Los del compás de Sevilla,
Triana y la Macarena,
con los del Perchel de Málaga
y Olivera de Valencia:
todo el mapa picaresco,
que el gran Cervantes bosqueja.
Allí campa sin obstáculos
la manolera intrépida,
junto á la Virgen del Puerto
y en la fuente de la Teja.
Esa es la gente del bronce,
que sin temor atraviesa
las calles de Sal si puedes
el Oso y Quebranta piernas:
las de Enhoramala Vayas,
Aunque os pese, y la Ternerera.
Los que no temen ni deben
y asombran con sus proezas
Las Maravillas, El Rastro
y El Campillo de Manuela.
Chisperos y Curtidores,
gremios de la cuatropnea,
terror de los ventorrillos,
bodegones y tabernas,
con su capote de mangas,





Enero de 1865.

Lit. de J. Aragon, Urosas 10.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

MADRID.

su redecilla y coleta,
chupetin y calzon corto,
la camisa con chorrera,
sombrero de medio queso
y patillas de chuleta.

ABATE. Allí se ven las manolas
y majas más pendencieras,
con su guardapiés ceñido
y su nacarada media,
chapín de raso y hebilla,
diez ramales cada trenza,
y la cotilla de peto
y el monillo con hombreras.
Morenos son sus amores,
como sus teces morenas,
y sus cabellos castaños,
y sus miradas muy negras.
Sus piés son dos tentaciones,
y sus palabras pimienta,
y cantáridas sus ojos,
y un sinapismo su lengua.
Allí Paca la salada,
Geroma la Castañera,
el Zurdillo y el tío Tuétano,
el Majo y la Petimetra,
Juana la Ribeteadora
y Pepa la Naranjera:
las desgarradas figuras
que pintan á competencia
en tapices y en sáinetes
con fidelidad perfecta,
Goya y Ramon de la Cruz,
su pintor y su poeta;
que tal pincel y tal pluma
gasta la gente morena.

CAPITAN. Pero decidme, esa gente
qué hay una patria recuerda?

GOYA. Abigarrado conjunto
de fealdad y belleza,
de ignorancia y fanatismo,
de valor y desvergüenza,
pero fiel depositaria
de las costumbres añejas,
y enemiga sin exámen
de todas las extrangeras,
en esa gente del bronce,
por sentimiento descuella
un incontrastable espíritu
de salvaje independencia.
Que en su temerario arrojo,
es capaz, por defenderla,
de tomar, nabaja en mano,
cañones á la carrera.
Envueltos en su ignorancia
y el santo amor á su tierra,
libres serán, libre el pueblo

que tales soldados cuenta!...

El señor Barbieri, compositor distinguido á la vez que popular, ha puesto en música esta zarzuela. La partitura que al presente ha producido no es de sus mejores obras, pero tiene piezas que sobresalen. Las *seguidillas* cantadas y bailadas del acto primero, y la *marcha de bandurrias* son verdaderamente trozos notables. En particular las primeras tienen tal brillantez y tan vigoroso ritmo que son un pasaje de primer orden. Otros hay tambien de mérito en el transcurso de la obra, pero no siendo de tanta novedad como los referidos, se oscurecen y pierden efecto.

La *mise en scene* de *Pan y Toros* ha sido lujosa y acertada. Las tres decoraciones estrenadas, respectivamente, segun los actos, de los señores Bragaldi, Romea y Bravo, son bastante apreciables, sobresaliendo la del primero de dichos pintores. Los trajes, cuyos figurines ha dibujado el señor Castellanos, son adecuados á la época, y los de las mujeres de mas resultado que los de los hombres. La señora Izturiz viste en *Pan y Toros* con una perfeccion y elegancia rarísimas.

La ejecucion ha sido tambien esmerada, y los coros y orquesta revelan la direccion inteligente del compositor.

En suma: *Pan y Toros* es una zarzuela en que hay circunstancias literarias, musicales y escénicas nada comunes hoy. El público se entretiene agradablemente con su representacion. Los *lentos* se suceden sin intermision. De esto nos alegramos por los autores y la empresa, pues todos se han esforzado por su parte para conquistar un buen éxito, y justo es que el fruto corresponda á las esperanzas.

Aquí llegamos en nuestra tarea y nos encontramos con que nos falta espacio para tratar hoy de *Cuando de cincuenta pases*, representada en el PRÍNCIPE, con el detenimiento (relativo á nuestras revistas) que exige el nombre respetable de su autor el Sr. Breton de los Herreros. Dejamos, pues, para el número inmediato el satisfacer semejante necesidad si es que para entonces disponemos ya de la comedia impresa para transcribir algunos de sus pasajes, lo cual no puede dejar de hacerse cuando se examina una produccion de aquel eminente escritor cómico.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Acerico-Duquesa.

No podríamos inaugurar mejor nuestra seccion de labores del nuevo año, que ofreciendo á nuestras constantes suscriptoras ese lindo modelo que reprodu-

cir: brillantez en el grabado, gusto en el dibujo, delicadeza en la ejecución y utilidad en el objeto. Tales son las condiciones que recomiendan nuestro modelo, capaz por sí solo de acreditar esta sección, á la que hace tantos años consagramos una especial predilección, sino lo estuviese ya suficientemente por la variedad de objetos presentados que colocan á EL CORREO DE LA MODA á la cabeza de toda publicación de Labores. No hay punto nuevo que nuestras lectoras no hayan encontrado explicado en sus columnas, ni modelo de objetos de utilidad ó capricho que pudiendo ejecutarle las delicadas manos de una dama, no les hayamos ofrecido. Cúmplenos, pues, al inaugurar un año mas de nuestras tareas, dar las gracias á las apreciables suscriptoras, que en mas de una ocasión nos han felicitado por el acierto de nuestros trabajos, ofreciéndoles consagrarnos con mas asiduidad, si es posible, á esta su sección favorita.

El *acerico* que les ofrecemos hoy, es de raso verde de mar con aplicaciones de terciopelo negro, medallón blanco en el centro con ramo bordado en sedas de colores, cordón de oro fino para guarnecer las aplicaciones y cuentas doradas. Todo esto que representa mucho, tiene muy poco valor si se considera que se ejecuta de retazos de tela que suele haber en todas las casas.

Guiándose por el modelo de tamaño natural de la parte superior del *acerico*, empezarán las lectoras por cortar el medallón blanco del centro: despues poniendo encima del ramo un papel delgado se copian todos sus contornos, se pican con una aguja fina, se coloca el papel sobre el raso, y con una muñequita de añil se golpea suavemente encima, teniendo de este modo pasado el dibujo á la tela con la mayor precision: este antiguo procedimiento de *estarcir* le conocerán la mayor parte de nuestras lectoras, pero es deber nuestro indicársele á las que le ignoren. Con un lápiz se acaban de señalar los contornos, é hilvanando despues el medallón sobre un pedazo de lienzo fuertecito, que se tendrá en el bastidor, se borda el pensamiento con seda violeta de cuatro tonos, y la simiente amarilla con unos puntos largos de seda negra encima de los pétalos; el miosotis en cuatro colores de azul, las hojas del pensamiento de verde claro, y las de miosotis verde oscuro; y en los capullos de esta flor se puede añadir un matiz sonrosado á la punta. El bordado todo es al *pasado*, y las simientes son *nuditos*.

Concluido de bordar el medallón se fija sobre el círculo de raso verde, se corta de terciopelo el festón que le guarnece, y antes de coser el cordoncillo se van colocando los otros óvalos, que dejan ver en el centro el raso del fondo, cruzado encima un cordón de oro, formando cuadritos, sostenidos por una cruz, hecha con dos puntadas de torzal blanco ó pensamiento; todos estos modelos se copian sobre el natural. Despues se van cubriendo todos los contornos de terciopelo con cordoncillo de oro, y se coloca una cuenta dorada en el interior de cada festón.

Para armarle se forma antes el *acerico* en percalina blanca de dos círculos iguales; se coloca el círculo que se ha concluido en el centro, dejando sin cubrir un par de dedos alrededor para que siente bien, y se cubre este espacio con una tira del mismo raso montada á tablas, con cabeza, y un encaje negro encima, cuya pegadura cubre un cordón de oro. El *acerico* terminado le presenta el modelo primero de nuestro grabado.

JOAQUINA G. BALMASEEA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 763.

FIG. 1.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de seda verde con rayitas negras, adornado en cada costura de la falda por un ribete de terciopelo negro, que se continúa al borde inferior. Cuerpo alto y liso, con vivos de terciopelo en la pegadura y bajo de la manga. Cinturón negro.

Rotonda, *Stampa* de paño aterciopelado color de grana con lunares negros, recortada al borde en ondas guarnecidas de fleco de felpa negro: el escote lleva un grueso cordón de felpa que se anuda en la espalda cayendo sobre ella con borlas, é igual cordón con fleco forma la hombrera rematando en borla á los dos extremos.

Sombrero de terciopelo verde, cortado en forma de toquilla de punta por detrás, en cuyo pico lleva una joya de azabache con colgantes: una sarta de cuentas de azabache sobre un guipure negro atraviesa el sombrero, que va todo alrededor guarnecido de cuentas, descansando la parte de atrás sobre un fondo bullonado de tul, terminado por puntilla negra.

FIG. 2.^a TRAJE DE VISITA.—*Vestido* de tafetan mejicano de forma princesa (sotana) adornado de pasamanería negra.

Cuerpo y falda unidos, alto el primero y de gran amplitud la segunda, llevando únicamente pliegues en las caderas, y por detrás en el talle. Por delante este traje cierra en biés desde el hombro derecho al costado izquierdo de la falda; dos órdenes de pasamanería guarnecen el bajo de la falda y la abertura hasta el hombro, y otra mas ancha baja por detrás desde el talle figurando los dos faldones de un frac. Florones de pasamanería con largas bellotas van en el talle, y en el hombro sobre el costadillo, ó sea donde termina el adorno de la manga, justa y guarnecida de agremen en el bajo y costura exterior.

Cuello de encaje: *mangas* interiores de batista.

Sombrero de fieltro blanco con ancho ribete de terciopelo cereza, y el fondo suelto, de encaje blanco, sostenido por cintas atravesadas debajo: un terciopelo igual al del ribete se entrelaza encima formando picos, y completa el sombrero una cadena del mismo terciopelo que, retenida á los dos lados, desciende floja sobre el pelo. Este detalle es de última novedad.

Con este número recibirán nuestras suscriptoras del año pasado á las ediciones de Modas y completa el figurin núm. 764 que debió repartirse el 24 de Diciembre, y cuya explicacion iba en el número del día 31 del mismo. Quedan, pues, saldadas todas nuestras cuentas correspondientes al año de 1864.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. CAMPO-REDONDO.—OLMO, 14.



CORREO DE LA MODA
LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

*Coiffes de M^{me} Amélie M^{me} Delatour, r. N. S. Augustin, 47. Modes de M^{me} Caroline Coultot, r. Monsigny, 8.
Plumes et Fleurs de Herpin Leroy Ala Belle Marée, r. Montmartre, 130. Dentelles de F. Monard, Rue des Faneurs, 42.
Corsets de la M^{me} Simon, r. L'Honore, 183.*

Rubans et Passementerie Ala Ville de Lyon Chaussée d'Antin, 6. Parfums de Violet fleur, de S. M^{te} l'Impératrice, r. L'Étoile, 31.

ed at Stationer's Hall.

LONDON, S. O. Beeton Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine, 248, Strand, W.C.

MADRID El Correo de la Moda, P. J. de la Pena

